

Padre José María Valente Bover S.I

Parábola de los talentos.

"En las parábolas precedentes se recomienda la vigilancia y la previsión, en ésta de los Talentos se inculca la necesidad de no tener baldíos los dones recibidos de Dios, para que el día postrero nos halle, no sólo prevenidos, sino también llenos de buenas obras. La división de la parábola es sencilla y diáfana. Tras una breve introducción (vv. 14-15), se divide en dos partes de extensión desigual. La primera (vv. 16-18) describe la industria con que dos de los siervos negocian con los talentos, y la inacción y torpeza del otro que entierra el dinero. La segunda (vv. 19-30) es un juicio, en que el señor galardona espléndidamente el trabajo de los dos siervos buenos y fieles, y castiga severamente la pereza del «siervo malo y haragán». La moraleja no se propone separadamente, como en la parábola anterior, sino que se insinúa en algunos rasgos de la misma imagen parabólica. De ahí el tinte alegórico que presenta la parábola. Y, dada la tendencia general de ésta, no es difícil distinguir los rasgos significativos o alegóricos de los puramente ornamentales.

Pero las dificultades que no tiene en sí la parábola, las han creado algunos intérpretes al quererla identificar con la de las Minas, propuesta por San Lucas (19, 11-27). Aunque el estudio de este problema corresponde más bien al comentario de San Lucas, no será inútil notar aquí lo mal que algunos exegetas enfocan el problema. Es evidente que las dos parábolas de los Talentos y de las Minas presentan ciertas semejanzas; como es también evidente que tienen discrepancias no menores, y no menos evidente además que el Señor pudo proponer en ocasiones diferentes una misma parábola o dos parábolas semejantes, pero distintas. Esto supuesto, incumbe a los exegetas armonizar esas discrepancias, cuando previamente consta (y aquí no consta) o se demuestra (y aquí no se ha demostrado) la identidad de la parábola. Mas cuando no consta ni se prueba esa identidad, es inútil empeño el querer reducir a unidad lo discordante (y aun lo irreductible), para llegar a una solución no menos inútil. Pero además, y esto es decisivo, la parábola es un género literario, en que no es menos esencial la imagen que la doctrina en ella encarnada. Y como varía la parábola, cuya moraleja sea diferente, no menos varía aquella en que sea diferente la imagen. Y esto vale mucho más cuando, como en el caso presente, se trata de dos parábolas tan armónicas y coherentes, cada una de ellas modelo en su género. Si una fuese un arreglo de la otra, ¿conservaría esa armonía y diafanidad que la distingue? ¿Y nos consta de la habilidad literaria de San Mateo o de San Lucas para componer estas piezas literarias de primer orden? ¿No se delata más bien en cada una de ellas esa mano segura de Jesús el Maestro insuperable del género parabólico?

La frase gramaticalmente queda pendiente. —«Un hombre»: es Cristo, que sube a los cielos, para volver al fin de los siglos. —«Cinco talentos»: son los dones, naturales y sobrenaturales, y los oficios a que están destinados. De esta parábola se derivó el sentido que nuestros autores clásicos daban, a la

palabra «talento». «Cinco... dos... uno»: la variedad y diversidad de dones o talentos es elemento esencial en el actual orden de la divina providencia y más particularmente en el organismo y actuación social de la Iglesia. — «Según su propia capacidad»: no quien decir que los dones sobrenaturales se repartan conforme a la capacidad natural, sino más bien que las vocaciones individuales se acomodan a los dones naturales y sobrenaturales que Dios ha dado en orden a ellas.

«Entra en el gozo de tu Señor»: esta expresión rebasa los límites de la imagen para referirse directamente a la realidad significada, que es el gozo de la vida eterna.

El mismo elogio hace el Señor del que con dos talentos ha granjeado otros dos que del que con cinco ha ganada otros cinco. No se tiene en cuenta, al dar el galardón, el resultado material o bruto, sino el trabajo personal que cada cual haya puesto. Y el mismo elogio también hubiera tributado al tercer siervo, si, en vez de tener baldío su talento, hubiera con él granjeado otro talento.

«Allegas de donde no esparciste»: en las eras, después de trillar y esparcir con el bieldo el trigo, para separar el grano de la paja, se allega o recoge lo que primero se esparció: y lo que se allega es lo que antes se esparció. Por esto, allegar de donde no se esparció es lo mismo que cosechar donde no se sembró.

«Atemorizado»: el pesimismo perezoso fue el origen de la ruina de este siervo «haragán».

«Lo mío con los intereses»: el capital con los réditos.

«Al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado»: al que no rinde con el capital que se le ha confiado, aun el mismo capital le será quitado.

«Arrojadle a las tinieblas exteriores...»: de la imagen-parabólica se ha pasado insensiblemente a la realidad significada.

(José M. Bover, S.L., *el Evangelio de San Mateo*, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág. 429-431)